

Comentario al evangelio del domingo, 6 de febrero de 2011

Este es uno de los típicos evangelios que invitan al predicador a decir a sus oyentes que si Jesús nos dice que somos la luz del mundo y la sal de la tierra, como de hecho parece que no estamos siendo la luz del mundo ni la sal de la tierra, pues es que somos malos, muy malos, no cumplimos con nuestros deberes cristianos y nos tenemos que convertir. Al final, da la impresión de que la primera función de los sacerdotes, cuando predicán los domingos, es estropear el domingo a los que van a misa.



Tendríamos que empezar de otra manera. Porque Jesús parte de un presente de indicativo. Es decir, Jesús afirma que sus oyentes, sus discípulos “son” la luz del mundo y la sal de la tierra. Nuestra primera mirada de este domingo debería dirigirse a los discípulos. No eran ni muy inteligentes ni muy trabajadores ni muy ricos ni muy importantes. Pescadores, un publicano, un revolucionario y algunos otros de los que no sabemos la profesión.

O podemos leer en este momento la segunda lectura, en la que Pablo habla de sí mismo y dice que, al anunciar el misterio de Dios, no lo hizo con sublime elocuencia ni guiado por la sabiduría humana. El objetivo de Pablo no fue sino mostrar el poder del Espíritu para que la fe de sus oyentes se apoyase en el poder de Dios. Conclusión: que ni Pablo ni sus oyentes ni los discípulos que escuchaban a Jesús eran gente importante desde el punto de vista humano.

No eran mejores que nosotros

En cuanto a su coherencia personal, a su madurez de fe, los discípulos ya vemos en el conjunto de los Evangelios lo que dieron de sí. La mayoría, apóstoles incluidos, salieron corriendo cuando llegó el momento de la verdad. Apenas quedaron unos pocos. Y bastante asustados. De los corintios, los destinatarios de la carta de Pablo, también sabemos por sus mismas cartas que no era en ellos oro todo lo que relucía. Y de Pablo, por muy apóstol que se considere, tenemos datos, sacados de sus mismas cartas, que indican que tenía un genio muy fuerte y algunas limitaciones que le hacían pensar mucho en la misericordia de Dios –cosa que a él no le importaba porque se gloriaba no en sí mismo sino en el poder de Dios–.

Así que así como somos, con nuestras limitaciones, con nuestras pobreza, como personas, como

comunidad, como iglesia, es como somos “luz del mundo y sal de la tierra”. Porque lo importante no es que brillamos con nuestra propia luz sino que brille en nosotros el poder y la gracia de Dios. Lo importante es el final del Evangelio: que los hombres den gloria a vuestro Padre que están en el cielo.

El objetivo de nuestra vida no es pues dar testimonio. Nosotros debemos comportarnos como buenos cristianos. Pero no para enseñar a nadie ni para sentirnos superiores –que no otra cosa es pretender ser “luz del mundo y sal de la tierra” por nuestra propias fuerzas– sino porque sabemos que todos los hombres y mujeres de este mundo son nuestros hermanos y hermanas. Ahora llega el momento de releer la lectura de Isaías. ¿No te sientes bien? ¿Sientes tu carne enferma? ¿Vives en la oscuridad? Pues ahí tenemos algunas recomendaciones. Todo tiene solución.

Abiertos a los hermanos



La solución pasa por abrirse a la solidaridad, por tender la mano al hermano. En palabras de Isaías: “parte tu pan con el hambriento, hospeda a los pobres sin techo, viste al desnudo y no te cierres a tu propia carne” y “destierra la opresión, la maledicencia y el gesto amenazador”. No es exactamente como una receta del médico pero se puede hacer la prueba. Se trata de hacer algo extraño: al ponerse al servicio de los hermanos necesitados y dejar de darle vueltas a los propios problemas, es cuando sentiremos que se nos curan nuestros males y que nos brota la carne sana, nuestra oscuridad se volverá mediodía y brillará nuestra luz en las tinieblas.

Como dice Jesús en el Evangelio, si la sal se vuelve sosa, ¿para qué sirve? Si nos centramos en nuestro propio ombligo, en nuestros problemas, entonces nos convertimos en seres inútiles. La sal esta vuelta a los demás para salar todo aquello a lo que haya que darle gusto. Si la luz se vuelve sólo para sí no ilumina, no cumple su función. Tenemos que destaparnos, iluminar. Por pobre que sea nuestra luz ayudará a los hermanos y a nosotros mismos a caminar. Pero si apagamos la linterna y la metemos en el bolsillo para ahorrar baterías hasta nosotros mismos perderemos el camino.

Es tiempo de caminar y de escuchar las palabras de Jesús como una voz de aliento y no como una acusación. Ya sabe Jesús de sobra lo que valemos y lo que damos de sí. Así y todo nos ha llamado para ser sus discípulos. Menos auto-examinarnos continuamente y más hacer lo que nos pide Isaías. Entonces, descubriremos, sorprendidos, que nuestra luz brillará en las tinieblas.

Fernando Torres Pérez cmf

Publicado en Ciudad Redonda

www.ciudadredonda.org